

69

Santiago, Mayo 2 de 1969.

Señor  
Renán Fuentealba, Presidente  
del Partido Demócrata Cristiano  
Presente.

Muy estimado señor Presidente y amigo:

Al iniciarse la Junta Nacional deseo expresar por su intermedio un saludo afectuoso y cordial a todos los demócrata-cristianos delegados ante este organismo. Hubiera sido mi deseo estar presente en esta sesión para poder saludar de una manera personal a todos sus miembros. Militante del Partido desde su fundación, me siento profundamente ligado a él no sólo por el afecto y la solidaridad en las ideas y en los principios, sino también en la común inquietud por la suerte futura de la Democracia Cristiana, a la cual siento ligada la suerte del país.

Creo que esta reunión es de la más alta trascendencia. La opinión del país --de la cual un Partido vive-- tiene la impresión de que nuestra colectividad atraviesa por una crisis muy honda; que hay en ella divisiones y antagonismos que se traducen en continuas declaraciones que desconciertan al país, que muchas veces contradicen la línea oficial del Partido; que desconocen sus fundamentos doctrinarios, los que se traducen en una falta de unidad en los objetivos, que perturba al propio Partido y a las relaciones Partido-Gobierno.

Este es un hecho que debilita y entorpece gravemente la acción en un momento en que es necesaria claridad en las metas que nos proponemos, en las tácticas a seguir y en los métodos a emplear.

Por eso es que estimo indispensable que el Partido salga de esta reunión fuerte y unido, definido en sus posiciones y categórico para imponer una severa disciplina que sea acatada por igual por todos los militantes sin excepción, cualesquiera que sea su número o la situación que tengan.

Esta actitud de unidad, de claridad y de disciplina constituyen las bases de nuestra acción y de nuestras posibilidades futuras. Yo comprendo perfectamente que un Gobierno es una etapa en la acción de un Partido, que por ello no está agotada la tarea y que, por el contrario, es necesario perfeccionarla, ahondarla y extenderla. Para lograr esto creo que es fundamental no desconocer o menospreciar lo hecho, sino que sobre la base de lo realizado proyectar nuestra acción en el porvenir.

Estimo que cualesquiera que sean los juicios críticos, es un hecho que la acción desarrollada en estos años por el país, por la Democracia Cristiana y por el Gobierno ha sido de enorme trascendencia: el plan educacional, el plan de vivienda, el plan de salud; la organización sindical de los

trabajadores campesinos, la Ley de Juntas de Vecinos, la promoción social, la Reforma Agraria, la redistribución de los ingresos son, entre otros, hechos de importancia irreversible que implican las bases de una transformación social honda y definitiva.

Por otra parte, el desarrollo minero, industrial y agrícola que el país está experimentando; lo que se ha realizado en materia de comunicaciones, de infraestructura, de comercialización; la enorme inversión en bienes de capital; y la política monetaria y de comercio exterior están creando las condiciones básicas para un desarrollo económico innegable que cambiará la fisonomía del país.

La Democracia Cristiana puede exhibir ante la nación entera una labor que no tiene parangón en cuanto al desarrollo económico y a la transformación social, que ningún otro gobierno ha realizado en los últimos decenios y que jamás siquiera intentaron quienes la denigran.

Consolidar esta tarea, proyectarla y ampliarla es responsabilidad fundamental de la Democracia Cristiana. Creo, sin embargo, que la proyección de esta política no puede hacerse sin considerar la realidad nacional, las características de nuestra institucionalidad política, la estructura de nuestra economía y, sobre todo, el cuadro internacional que ninguna política sería puede desconocer u olvidar, sin producir el caos y amenazar la vida de la nación.

Un país que ha llegado a una renta per cápita cercana a los 600 dólares; que está duplicando sus exportaciones; que ha echado las bases de un moderno desarrollo industrial y de una organización social; que ha creado los instrumentos más eficaces para la participación del pueblo, tiene en sus manos los elementos básicos y decisivos para el porvenir.

Esta tarea se ha realizado a pesar de que ha sido amenazada constantemente por factores insuperables, como lo fueron los terremotos y es hoy la sequía, catástrofe sin precedentes que ha afectado muy gravemente los planes de desarrollo económico, y que parecen algunos ignorar con singular ligereza. Pero en especial ha faltado en muchos sectores un mínimo de solidaridad y de disciplina social, lo que se ha traducido directamente, por sus efectos inflacionarios, en el alza del costo de la vida que, a mi entender, es el factor que con mayor fuerza gravita en el orden político y en el juicio del pueblo respecto a nuestra gestión.

Los señores delegados recordarán que si se hubiera podido aplicar la política de salarios equivalente al 100% del alza del costo de la vida, que fue la propuesta en el Programa y que insistentemente he señalado como nuestro objetivo, en este momento la inflación estaría dominada; el país contaría con recursos de ahorro y capital suficientes; presentaría el cuadro

de un crecimiento económico mucho más vigoroso; una mejor distribución de las rentas y, en consecuencia, una mayor justicia social, una mayor ocupación y una tasa de crecimiento del producto bruto que sería extraordinariamente superior a la que hemos logrado.

Sin embargo, es necesario reconocer que no ha habido fuerza política ni unidad de criterio para poder superar estos aspectos. Se ha preferido un camino aparentemente más fácil. Se han perdido millones de horas-trabajo y se ha quebrado esa política superando los márgenes permitidos (por medio de huelgas muchas veces dirigidas y orientadas para hacer fracasar nuestro programa), lo que ha tenido una repercusión extremadamente desfavorable en los niveles de productividad y han sido los argumentos que han usado los mismos que provocaron estos problemas para cuestionar la gestión de la Democracia Cristiana en el Gobierno.

Si no logramos dominar esta situación se verán amenazadas nuestras realizaciones y podremos presentar el cuadro del único país latinoamericano con una inflación incontrolada, lo que perjudicará irremediablemente nuestra gestión a pesar de los notables éxitos obtenidos en diversos campos.

Cualquier programa futuro que considere cambios de estructura tanto jurídicas como económicas y sociales, que tienda a una mayor y más profunda participación popular, quedará destruido si no logramos controlar la inflación de manera eficaz.

Las decisiones que adopte la Junta Nacional son observadas por el país entero. Creo que es natural que en el Partido haya distintas posiciones cuando ellas se mantienen dentro del cuadro de respeto a la disciplina, a los principios básicos que lo inspiran ideológicamente y expresan una solidaridad activa con el Gobierno que el propio Partido eligió en el pasado y confía elegir en el futuro.

Tengo la certeza más absoluta de que el país al darme su apoyo entendió que no elegía a una persona, sino que designaba a un Presidente personero de un movimiento político-social, cuya proyección no puede reducirse al término de un período. Sería una verdadera frustración nacional el que así no ocurriera. Y depende de Uds., de su disciplina, de su unidad y de su decisión que esta tarea histórica sea continuada. Si ella se interrumpe no será tanto por la acción de los adversarios, sino por los errores y debilidades generados por nosotros mismos.

Aún es tiempo de que superemos estos hechos y que el país reconozca, como lo hizo en el pasado, que es en este movimiento de profunda raigambre popular donde encontrará su verdadera expresión y la posibilidad de conservar las libertades fundamentales, realizando los cambios, vigorizando

nuestro desarrollo y llegando a una plena independencia económica y a una auténtica participación popular. Todo esto no puede ser el fruto de la improvisación en breves años, sino de un proceso que todo indica debe realizarse bajo la conducción del Partido mayoritario del país, no sólo por el número de sus adherentes sino porque garantiza la ejecución de esa política como ninguna otra fuerza nacional.

Señor Presidente: quisiera invocar ante nuestros camaradas y amigos la enorme trascendencia de sus actitudes. Como me decía hace poco un ilustre hombre de Estado extranjero, el triunfo de la Democracia Cristiana en Chile fue considerado como un hecho de repercusión universal, porque todos han visto en esta experiencia chilena un camino para estos países en desarrollo que, por el grado de su evolución, por los recursos de su economía y por su ingreso nacional están ya en pleno despegue y pueden ser capaces de encontrar una vía propia que resguarde los derechos y la dignidad de la persona humana.

Comprometer por apasionamientos internos, excesos ideológicos sin respeto por los hechos, apresuramientos indebidos, desconocimiento de la realidad nacional e internacional, este enorme esfuerzo y su significado que desborda los límites de un Partido y de una nación, sería verdaderamente dramático.

Hay en toda esta empresa demasiado tiempo, demasiados sacrificios, demasiadas esperanzas para que podamos jugar ligeramente con ellas. No sólo nos están observando nuestros propios militantes, honestos, sacrificados y generosos, sino que la opinión pública nacional e internacional, que esperan de nosotros una respuesta adecuada. A esta tarea debemos sacrificar muchos de nuestros puntos de vista para salvar lo esencial. No tendríamos ninguna excusa si en un momento dado pudiéramos comprometer esta tarea fundamental.

Estoy cierto de que en estas condiciones el país seguirá otorgándonos su confianza, se despejarán muchas dudas, y surgirá clara y nítida nuestra posibilidad junto a nuestra responsabilidad.

Sin duda hemos cometido errores. Tenemos la obligación de corregirlos con la mente abierta, pero para ello lo fundamental es que estemos unidos y definidos. La definición no es exclusión. Pero lo peor es permanecer en una especie de compromiso, en que no se sabe para adónde vamos, qué queremos ni en qué creemos. No reneguemos de nuestro propio ser. Con coraje y voluntad, el triunfo será nuestro, porque nadie como nosotros está en mejores condiciones para servir al país y conducirlo en esta etapa histórica.

Estoy convencido de que si así actuamos nos respaldará una inmensa masa de independientes; nos respaldará la mujer chilena; nos respaldarán grandes sectores de la juventud y, sobre todo, nos respaldará el pueblo, que tiene un sentido de justicia y un infalible sentido para descubrir quién mejor puede servirlo y conducirlo en cada etapa histórica.

Muchas veces en el fragor de la batalla nosotros mismos desconocemos la inmensidad de nuestra labor y pensamos que el futuro es incierto. Por el contrario, pienso que con los pasos ya logrados tenemos los fundamentos para años próximos que serán brillantes. No sería posible que se comprometiera toda esta tarea y que entregáramos a otros que no la aceptan la conducción de ella, en el momento mismo en que va a comenzar a rendir sus grandes resultados.

Nunca como hoy he estado más convencido de la verdad de nuestros principios, de la eficacia de nuestra acción, cualesquiera que sean las críticas que podamos formular, y del brillante camino que se abre para el país si sabemos responder a las exigencias de este tiempo.

Tal vez a mí me ha correspondido la parte más ingrata de esta tarea. Muchas veces puedo haber sentido la tentación de la amargura al ver tanta injusticia y tanto ataque que de todos lados surgen para entorpecer esta Administración. Pero créame, señor Presidente -y lo digo ante la Junta Nacional- que después de todos estos años me siento más seguro cada día de lo que estamos realizando, más optimista de nuestra propia fuerza, y se afirma en cada hora de mi trabajo la convicción de que el país necesita a la Democracia Cristiana como el mejor instrumento para llevar adelante la inmensa tarea de progreso económico. Sin él no hay fundamento para un proceso de desarrollo social y participación organizada del pueblo, sin lo cual no hay democracia en una moderna sociedad.

Siento hoy más entusiasmo que hace cinco años por lo que estamos haciendo y, sobre todo, por lo que podemos hacer en el porvenir.

Deliberadamente no he querido tener intervención en los debates de la Junta, ni en su gestión ni en su desarrollo. Pero no he podido dejar de enviar a mis camaradas de una vida estas palabras de un viejo amigo y compañero, que les dice con mayor fuerza que nunca, con el mayor entusiasmo, con el espíritu más entero:

¡Adelante! ¡Adelante al servicio de Chile!  
¡Adelante al servicio del pueblo! ¡Adelante, Democracia Cristiana!

Los abraza con el más profundo afecto su amigo y camarada,

Eduardo Frei  
Presidente de la República.